

Entre la reacción y la restauración. Derechas y violencia en Uruguay en los inicios de la crisis de la década de 1960

*Entre reação e restauração. Direitas e violência no
início da crise dos anos sessenta no Uruguai*

*Between reaction and restoration. Violence and the right
in the beginning of the 1960s crisis in Uruguay*

Magdalena Broquetas*

Resumen: La violencia emerge como dato objetivo de los análisis sobre la crisis política y social que atravesó Uruguay en la década de 1960. Sin embargo, la mayoría de los estudios históricos, politológicos y sociológicos ha identificado elaboraciones teóricas y prácticas violentas por parte de las izquierdas o del Estado a partir del año 1968, momento de apogeo de las organizaciones de la izquierda armada y de la adopción de legislación de excepción para la contención de la protesta social. En este artículo se desarrollan dos aspectos novedosos para el análisis del período: 1) la revisión de la cronología con que actualmente se analiza la crisis de los años sesenta; y 2) la inclusión de la perspectiva y los intereses de las derechas que incidieron en el acontecer social y político en un marco de recrudescimiento de la Guerra Fría en América Latina. En particular en el artículo se traza una cartografía general de la violencia de las derechas en la que se señalan diferentes estrategias, modalidades, escalas y justificaciones.

Palabras claves: Uruguay; derechas; violencia; Guerra Fría

* Doctora en Historia (Universidad Nacional de La Plata, Argentina). Integrante del Sistema Nacional de Investigadores de Uruguay. Investigadora y docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, donde tiene a su cargo la asignatura sobre Historia del Uruguay contemporáneo. Autora del libro *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* (Ediciones de la Banda Oriental, 2014). Coordinadora del Área de investigación del Centro de Fotografía de Montevideo. <magdalena.broquetas@gmail.com>.

Doutora em História (Universidade Nacional de La Plata, Argentina). Integrante do Sistema Nacional de Investigadores do Uruguai. Pesquisadora e docente da Universidade de la República (Uruguai), onde ministra a disciplina História do Uruguai Contemporâneo. Autora do livro *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* (Ediciones de la Banda Oriental, 2014). Coordinadora da área de pesquisa do Centro de Fotografía de Montevideo. <magdalena.broquetas@gmail.com>.

PhD in History (Universidad Nacional de La Plata, Argentina). Member of the Uruguay National System of Researchers, researcher and professor at Universidad de la República (Uruguay), where she teaches the discipline Contemporary History of Uruguay. She is the author of *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)* (Ediciones de la Banda Oriental, 2014) and the Area Coordinator of Research in the Montevideo Photography Center. <magdalena.broquetas@gmail.com>.

Resumo: A violência surge como dado objetivo das análises sobre a crise política e social que o Uruguai atravessou na década de 1960. Não obstante, a maioria dos estudos históricos, políticos e sociológicos, identificou elaborações teóricas e práticas violentas por parte da esquerda ou do Estado a partir do ano 1968, momento do auge das organizações da esquerda armada e da adoção da legislação de exceção para a contenção de protestos sociais. Neste artigo, elaboram-se dois aspectos para a análise do período: 1. A revisão da cronologia com a qual atualmente se analisa a crise dos anos sessenta; 2. A inclusão da perspectiva e dos interesses das direitas que incidiram no acontecimento político e social em um marco de recrudescência da Guerra Fria na América Latina. Em particular, traça-se uma cartografia geral da violência das direitas, na qual assinalam-se diferentes estratégias, tipos e justificativas, assim como graus e escalas de atividades violentas com objetivos políticos.

Palavras-chave: Uruguai; direitas; violência; Guerra Fria

Abstract: Violence emerges as an objective fact in the analysis of the social and political crisis in Uruguay in the 1960s. However, most historical studies from Social and Political Sciences have identified theoretical elaborations and violent practices in the left or in the State, taking the year 1968 as starting point; this date coincides with the apogee of the leftist armed struggle and the adoption of a legislation of exception to repress social protest. In this paper I propose two new approaches that contribute to the analysis of this period: 1. To review the chronology normally used to analyse the 1960s crisis; and 2. To include the perspective and interests of the right, which were part of the social and political fabrics during the most intense period of the Cold War in Latin America. In particular, this article offers a general cartography of the violence of the right, in which different strategies, types and justifications are highlighted, as well as the degrees and scale of violent activities with political objectives.

Keywords: Uruguay; right; violence; Cold War

Hacia una extensión de los márgenes de análisis: la apuesta por nuevos actores y periodizaciones más amplias

De manera similar a lo ocurrido en los demás países del Cono Sur de América Latina, desde mediados de los años cincuenta del siglo XX, Uruguay transitó por un período de crisis económica, social y política que, tras la sucesión de varios gobiernos autoritarios, derivó en 1973 en un golpe de Estado y la instauración de una dictadura con participación civil y militar.

Aunque de procedencia muy diversa, los estudios que analizan históricamente este fenómeno otorgan un lugar de primer orden al papel desempeñado por la violencia política en la profundización de la crisis en sus múltiples dimensiones. Estas interpretaciones suelen aludir al empleo y la paulatina generalización de discursos y métodos violentos por parte de diversos grupos sociales con intereses contrapuestos, lo cual puede resumirse muy esquemáticamente del

siguiente modo: mientras que para algunos la violencia fue concebida como el recurso indispensable para lograr el cambio social, para otros su exacerbación respondió a la convicción de que esa era la única vía posible de conservación del orden establecido. Se trata, por lo tanto, de abordajes que llaman la atención sobre la centralidad de la violencia en los discursos y las prácticas de actores de todo el espectro ideológico, pero que fundamentalmente han examinado las manifestaciones de la izquierda armada –sobresaliendo el estudio del MLN-Tupamaros y sus antecedentes- y los comportamientos autoritarios del Estado a partir de la crisis política que se instauró claramente en 1968 cuando el régimen de Medidas Prontas de Seguridad ambientó un estado de emergencia permanente (ALDRIGHI, 2001; REY TRISTÁN, 2006; RICO, 1990; VARELA, 1988).

A esto se suma el hecho de que, por norma general, se subraya la importancia de la violencia política en los autoritarismos y dictaduras latinoamericanos de las décadas de 1960, 1970 y 1980, sin que esto haya supuesto su transformación en objeto de estudio específico (ANSALDI; GIORDANO, 2014, p. 15-76). En un reciente repaso historiográfico sobre la literatura dedicada al análisis de la violencia política en Uruguay, Aldo Marchesi y Jaime Yaffé advierten que, aunque este factor ha estado presente en las explicaciones de la crisis de los años sesenta, ha sido presentado como “dato objetivo” pero no se han realizado estudios de casos bajo ese enfoque. En otras palabras, la violencia forma parte de los factores causales ineludibles en las interpretaciones sobre la crisis y el descascaramiento de la institucionalidad democrática en el Uruguay de los años sesenta del siglo XX pero existe un gran vacío sobre su contexto de emergencia, expansión y asimilación por parte de grupos sociales con perspectivas e intereses muy disímiles (MARCHESI; YAFFÉ, 2010, p. 95-118).

El objetivo de este artículo consiste en identificar y sistematizar concepciones y formas de violencia política desplegadas en los comienzos de la crisis de los años sesenta por diversos actores sociales, pasibles de ser inscriptos en el espectro ideológico de las derechas.

Este punto de partida merece una precisión inicial, puesto que la focalización de la mirada en actores de “derecha”, así como el arco temporal elegido para ello, suponen dos novedades. En primer lugar, la incorporación de una categoría analítica escasamente empleada en los estudios históricos sobre Uruguay, en los que ha predominado el uso de los términos “conservador” y “conservadurismo” para referir a grupos sociales y tendencias ideológicas no siempre adscribibles en esas

denominaciones. En segundo lugar, este artículo propone la revisión de una cronología de la crisis que suele delimitarse entre la segunda mitad de la década de 1960 y el quiebre institucional de 1973, analizando la expansión de la violencia política –tanto de impugnación como de defensa del orden establecido– en paralelo al proceso revolucionario cubano y el consiguiente incremento de la injerencia estadounidense en América Latina.

En función del objetivo enunciado, se visibilizan distintas concepciones y modalidades de acción violentas ejercidas por grupos derechistas posicionados en distintos lugares del espectro político y social, entre los que figuran movimientos sociales, sectores político partidarios, grupos de presión y actores transnacionales. También se ha considerado la violencia ejercida desde el Estado, en el entendido de que en esta coyuntura histórica el poder del mismo fue detentado por la derecha política, que toleró o directamente ejerció formas de violencia política al margen de la ley.

La investigación que sustenta este artículo buscó responder a preguntas tales como qué tipos de violencias son constatables en el universo social de las derechas en un contexto histórico signado por la percepción de crisis, implementadas por quiénes, contra quiénes y bajo qué paradigmas. A su vez, se proponen categorías conceptuales generales que permiten distinguir diversos móviles y fundamentos ideológicos detrás de las acciones de violencia política emprendidas por estos grupos.

La metodología empleada consistió en el análisis con perspectiva histórica de una variada gama de fuentes primarias, cuyo cruzamiento permitió conocer la imagen que estos grupos proyectaron de sí mismos y su discurso público en relación a la violencia política, pero también la red de vínculos y la naturaleza de sus proyectos de cambio y/o conservación del orden social en un plano encubierto. Para el primero de estos aspectos se utilizaron publicaciones periódicas de las organizaciones estudiadas y documentación oficial del gobierno. La reconstrucción de la dimensión encubierta y en ocasiones ilegal de estos fenómenos se logró a través del análisis de fuentes procedentes de los servicios de inteligencia policial que, con diverso grado de preocupación, vigilaron –y en ocasiones toleraron– la actividad de movimientos extremistas y documentación producida por la diplomacia estadounidense que revela sugestivos aspectos de los propósitos y conexiones de destacados representantes político partidarios y representantes de diversos grupos de presión, a la vez que traduce las preocupaciones y apuestas de un

actor transnacional que fue parte activa del proceso de violencia que aquí se examina.

A través de ejemplos concretos el artículo presenta una cartografía general de la violencia de las derechas en la que se reconocen diferentes modalidades, actores involucrados, justificaciones y magnitudes, renunciando a un desarrollo más profundo de alguna de ellas.

Ambientada en el marco de la Guerra Fría, la historia que se recrea en este ensayo es analizada en un marco transnacional en el que acontecimientos y circunstancias de la realidad local fueron sopesados bajo la óptica del esquema bipolar (mundo libre/mundo cautivo) que postulaba la existencia de una amenaza latente, solapada y desconocedora de las fronteras nacionales.

Breve identificación y caracterización de las derechas en los tempranos años sesenta

No solamente los análisis retrospectivos han ignorado la categoría “derecha” para estudiar un variado conjunto de expresiones correspondientes a ese segmento ideológico; también sus representantes han rechazado mayoritariamente el uso del término al definir públicamente su identidad política. Por cierto, ambas realidades contribuyen a la persistencia de esa nebulosa que ha recubierto a las derechas obstaculizando su ponderación histórica en contextos cambiantes. Es por ello que resulta imprescindible considerar algunos aspectos del marco histórico en el que estas derechas se desarrollaron, para luego establecer una taxonomía de sus distintas manifestaciones.

Entre los principales rasgos que definen la coyuntura analizada en este artículo sobresale: a) la constitución (por primera vez en el siglo XX) de dos gobiernos colegiados con mayoría del Partido Nacional; b) la realización de cambios drásticos en la política económica que sustituyó el proteccionismo por un modelo liberal; c) el desplazamiento definitivo de Uruguay a la órbita de influencia estadounidense, lo cual se expresó en la adopción de políticas sociales y financieras y en la incorporación de nuevos criterios de seguridad nacional; d) la instalación de la inflación como problema endémico y el descenso sostenido del poder adquisitivo de los sectores asalariados y pasivos; e) los altos niveles de movilización de los sectores trabajadores organizados, la extensión de la sindicalización a nuevos ámbitos y la proliferación de coordinación y unificación que reforzaron la capacidad de presión y negociación de gremios y sindicatos; f) el crecimiento numérico del

movimiento estudiantil –fundamentalmente de enseñanza media–, la profundización en su politización y su cercanía con el movimiento obrero; g) cambios significativos en las izquierdas partidarias (formación de frentes programáticos y electorales) que, de todos modos, apenas alcanzaron un 9% de representatividad electoral y surgimiento de las primeras organizaciones partidarias de la lucha armada, influidas por la Revolución Cubana y la ruptura chino-soviética.

No era la primera vez que Uruguay atravesaba una crisis económica y tampoco esta se distinguía por ser la de mayor entidad. Sin embargo, los contemporáneos vivieron el cambio de década, de los 50 a los 60, como una encrucijada histórica que debía aprovecharse para repensar a fondo el modelo de país. Inmersas en una realidad que no siempre distinguía el adentro del afuera, fueron muchas y de muy diversos orígenes las voces que anunciaron el fin de una época y el inminente comienzo de una etapa nueva (SAULL, 2004, p. 31-66; JOSEPH, 2004, p. 67-92; WEASTAD, 2005, p. 158-206).

¿Dónde estaban y quienes integraban “las derechas” que protagonizaron estas coyuntura? A efectos analíticos pueden distinguirse claramente dos grupos con diversidad de filiaciones e intereses: por un lado, movimientos sociales, grupos de presión, sectores político-partidarios, miembros del gobierno y de la Iglesia católica representantes de la derecha liberal-conservadora, moderada en sus métodos, y de fuerte impronta autoritaria y, por otro movimientos contrarrevolucionarios y grupos de choque o escuadras de castigo ubicados en la extrema derecha.

Los “demócratas” conservadores

Con la victoria electoral de la coalición herrero-ruralista en noviembre de 1958, la derecha política accedió directamente a la conducción del Estado. Aunque con divergencias entre sí, dentro de los partidos Nacional y Colorado diversos sectores liberal-conservadores (herreristas¹

¹ Se denomina “herrerismo” a una de las fracciones del Partido Nacional (también conocido como Partido Blanco) consolidada en la segunda década del siglo XX, cuyo nombre proviene de Luis Alberto de Herrera (1873-1959), líder histórico de esta corriente. El herrerismo defendió posiciones tradicionalistas defendiendo el mantenimiento de las jerarquías sociales vigentes, liberales en lo que atañe a la intervención del Estado y en la vida económica y nacionalistas en la postulación de vínculos históricos que arrojaban una idea de nación muy anterior a la formación del Estado uruguayo e iluminaban un pasado común con los países que habían formado parte del virreinato del Río de la Plata. Desde estas concepciones, en el contexto de la Guerra Fría el herrerismo desarrolló un discurso americanista, contrario al panamericanismo defendido por el batllismo.

en el primero, catorcistas² y fracciones anti-batllistas³ en el segundo) tuvieron representación en el Poder Ejecutivo colegiado y en ambas cámaras legislativas. Además, sus ideas y proyectos alcanzaron otros ámbitos del Estado como la Justicia, el Ejército y la Policía.

En un terreno compartido por el gremialismo y las derechas político partidarias, uno de los movimientos más activos en este período fue la Liga Federal de Acción Ruralista, cuyo líder, Benito Nardone, pactó una alianza con el herrerismo, que ha sido valorada como factor fundamental de la victoria electoral nacionalista de 1958 (Jacob 1981). Trasladando a esferas del gobierno su estilo discursivo y activa militancia antiizquierdista, hasta su muerte el 25 de marzo de 1964, Nardone devino en uno de los principales voceros de las campañas anticomunistas de los primeros años sesenta y un estrecho colaborador de la estación montevideana de la CIA (HUNT, 1975, p. 139-145; AGEE, 1975, p. 280-281; BRUNO, 2007). La categorización de este grupo no resulta sencilla –Alción Cheroni (1986, p. 147-149) lo ha inscripto en el “modelo conservador reaccionario”– puesto que fue innovador en sus formas de movilización (en las que incorporó a los sectores medios y bajos rurales) y en algunos de sus postulados, aunque también se acercó a conocidas fórmulas antiliberales como el rechazo al parlamentarismo clásico y la promoción de la participación corporativa.

En el segundo período de gobierno, las valoraciones sobre la protesta social y las iniciativas para su contención permiten ubicar a los representantes de la Unión Blanca y Democrática (UBD⁴) en el ejecutivo colegiado en el espectro de la derecha política, alineada con los intereses y las preocupaciones del bloque occidental de la Guerra Fría.

Por fuera del sistema electoral, en el período examinado en este trabajo mantuvieron una intensa actividad propagandística

² Denominación que alude al sector batllista, originalmente inspirado en las ideas de José Batlle y Ordóñez (1856-1929) y liderado desde mediados de la década de 1940 por sus hijos, los hermanos Batlle Pacheco. Esta fracción se mostró contraria a la política social de Luis Batlle y desde las elecciones de 1946 se nucleó electoralmente bajo la lista identificada con el número catorce. Análogamente, se empleaba la expresión “quincista” y “quincismo” para referir a la fracción opositora y sus integrantes dentro del batllismo, agrupados en torno a Luis Batlle Berres, sobrino del líder histórico.

³ En este heterogéneo conglomerado se ubicaban varios sectores (terristas, riversitas, blancocevedistas) que habían protagonizado sucesivas escisiones a la derecha del batllismo.

⁴ En sus orígenes en 1956 la Unión Blanca y Democrática nucleó a sectores antagónicos dentro del nacionalismo partidario entre los que figuraban representantes del Partido Nacional Independiente y de escisión del herrerismo, de corte populista y con arraigo en las clases medias y bajas urbanas. El principal elemento de unión fue la común oposición al liderazgo partidario de Luis Alberto de Herrera. Fallecido este último, en 1962 la UBD ensanchó la alianza a través de un acuerdo con el “herrerismo ortodoxo” con el objetivo principal de neutralizar la influencia de Benito Nardone en el Partido Nacional.

los autodenominados “movimientos demócratas” derivados de las organizaciones “antitotalitarias” surgidas en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial y comienzos de la Guerra Fría. Estos movimientos nacieron y actuaron en respuesta a la idea del “enemigo infiltrado” dentro del territorio nacional en un contexto de guerra anormal y encubierta, lo cual explica la importancia que le atribuían a la acumulación de información y la vigilancia ideológica, así como a la delación en tanto medio de lucha (BROQUETAS, 2012, p. 11-29).

Hacia fines de los años cincuenta estas organizaciones de “ciudadanos” con diversas adscripciones político partidarias compartían el espacio de la denuncia y la actividad de vigilancia ideológica con una constelación de movimientos anticomunistas surgidos en el seno del catolicismo uruguayo. En su mayoría se trataba de manifestaciones derivadas de las resonancias de las persecuciones al catolicismo en Europa del Este y en particular ligadas a las presiones de los gobiernos comunistas sobre la Iglesia de Hungría. Desde filas católicas se denunció esta situación a través del movimiento “Iglesia del Silencio” que tuvo su expresión local a través del Movimiento Cristiano del Uruguay Pro Defensa de la Libertad y los Derechos Humanos (MCU). La actividad propagandística de este movimiento integrado por exiliados de Europa del Este y miembros del catolicismo uruguayo, apuntaba también a dejar en evidencia la penetración del comunismo en los gremios obreros, las capas medias y los círculos intelectuales universitarios.

Hasta aquí todos los grupos, organizaciones y movimientos mencionados tienen como sustrato común su identificación con el bloque occidental de la Guerra Fría, liderado por Estados Unidos. Todos ellos se percibían insertos en una contienda a nivel planetario contra el comunismo internacional que extendía sus tentáculos con afán imperialista, tal como denunciaban empleando la metáfora gráfica del pulpo que se abalanzaba sobre Sudamérica (BROQUETAS, 2014, p. 79-124).

La extrema derecha

Paralelamente a esta derecha conservadora y autoritaria, existió otra tendencia que no se amoldaba a las democracias representativas. Las fuentes policiales por lo general distinguieron estos movimientos de los autodenominados demócratas apelando a los calificativos “derechistas” o “extremistas” en alusión a sus métodos de acción violentos y a su proyecto radical, que en sus formulaciones sobre el Estado comunitario

contenía puntos en común con el marxismo⁵. Desde filas opositoras e izquierdistas se las identificó como “bandas fascistas”. Sin embargo, en su autopercepción este conglomerado de agrupaciones, cuyos postulados se alejaban en distintos grados de la doctrina liberal, se consideraba por encima tanto de la izquierda como de la derecha. Sin duda, una fórmula de este tipo les acercaba a los fascismos europeos nacidos en los años veinte y ampliamente desarrollados en la década siguiente, aunque el denominador común de estas agrupaciones –la imagen forjada y proyectada por ellos mismos– fue su nacionalismo.

Los movimientos de la extrema derecha nacionalista cuestionaron con énfasis variables el sistema liberal, la democracia parlamentaria, los modelos de representación pluralista y a los representantes político-partidarios. Dentro de esta tendencia pueden ubicarse varios movimientos sociales y políticos antisistema y grupos reducidos que mantenían vínculo (o lo habían hecho) con la rama herrerista del nacionalismo partidario. También es posible identificar elementos nacionalistas en un sector de las Fuerzas Armadas y en movimientos civiles ultraderechistas con fuerte presencia de militares y policías tanto en retiro como en actividad. Sus posiciones oscilaron entre el rechazo rotundo a la política y los políticos bajo el orden establecido y la crítica profunda desde escisiones partidarias cercanas a la institucionalidad vigente. Aspectos tales como su antiliberalismo, antiimperialismo en relación a Estados Unidos y adopción del falangismo de José Antonio Primo de Rivera, tanto en la doctrina nacionalsindicalista como en los aspectos rituales y organizacionales, formaban parte de la herencia recibida por parte de los pequeños grupos filofascistas y de la derecha política de los años treinta.

Una mención aparte merecen las “escuadras de castigo”, activas desde comienzos de la década de 1960 y organizadas por la estación montevideana de la CIA en respuesta a la creciente movilización de sindicatos obreros, gremiales estudiantiles y partidos políticos de izquierda (AGEE, 1975, p. 280-281, 360). Al igual que muchos otros países donde Estados Unidos lideraba el combate contra el comunismo, estos escuadrones se movilizaban para disolver manifestaciones, provocar disturbios o atemorizar militantes generando a la vez temor en el resto de la sociedad no movilizada. Buena parte de los hechos de violencia política ocurridos a comienzos de los años sesenta son atribuibles a estos escuadrones, cuyos integrantes en ocasiones

⁵ Memorandum sobre “organizaciones extremistas”, 24 de julio de 1962, Servicio de Inteligencia y Enlace (SIE), carpeta 674, Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNII).

mantuvieron vínculos con organizaciones de la derecha “demócrata” y nacionalista o incluso las integraron, aunque el sentido de sus acciones no necesariamente respondía a las definiciones ideológicas de ambos. Ajenos a la defensa del orden establecido o a planteos antisistémicos, en estos grupos confluyeron exiliados anticomunistas cubanos y de Europa del Este, sicarios sin ideología e individuos inspirados por un fuerte anticomunismo de matriz popular, no necesariamente doctrinario.

Por último, una mirada atenta a las manifestaciones de las derechas en la primera mitad de la década de 1960 debe considerar la incidencia de actores transnacionales, como los diplomáticos estadounidenses (tanto en su actividad en la embajada como los servicios de inteligencia), los exiliados cubanos y de Europa del Este (por lo general amalgamados en los grupos locales aunque no siempre movilizados por idénticos propósitos) o los nacionalistas de extrema derecha de Argentina (que postulaban para el espacio rioplatense una herencia histórica común e interrumpida y proyectaban en un futuro la restitución de esa unión), puesto que todos ellos compartieron en diverso grado las preocupaciones de las derechas uruguayas y contribuyeron a su organización y activa movilización.

En el apartado siguiente examinaremos en qué medida la violencia estuvo presente en el plano discursivo y en las prácticas de ambos grupos, atendiendo a los contextos, los destinatarios y los resultados de la misma.

La violencia reactiva

En el período que nos ocupa el autoritarismo de la derecha conservadora fue en ascenso y si bien sus representantes rechazaron públicamente el empleo de la violencia, a la que asociaban con los extremismos de cualquier signo, su programa de acción estuvo teñido de iniciativas que transgredían los límites de la legalidad vigente y en numerosas ocasiones desarrollaron acciones que supusieron diversos grados de violencia. Dos tendencias sostenidas y estructuradas a modo de verdaderas campañas ratifican esta afirmación: por un lado, la promoción de numerosas acciones a favor del recrudecimiento de la violencia represiva, y por otro, el montaje de un dispositivo autoritario

destinado a contener la protesta social a través del recorte de libertades públicas y la adopción de legislación prevista para situaciones de excepción.

En relación al primer punto, desde la asunción del gobierno herrero-ruralista en marzo de 1959 proliferaron las denuncias sobre la ineficiencia de la Policía a la que se caracterizaba carente de recursos técnicos y formación adecuada a las nuevas modalidades delictivas⁶. Hacia 1963 la idea de que era fundamental reforzar los cuerpos represivos del Estado había arraigado con firmeza en el seno del gobierno que solicitó asistencia técnica a su par estadounidense a través de la implementación de un Programa de Seguridad Pública, destinado a la modernización de los cuerpos policiales en materia de vigilancia y represión de disturbios internos. Dicha ayuda redundó en la adquisición de equipamiento contrainsurgente y en importantes mejoras en el Servicio de Inteligencia y Enlace (SIE) de la Jefatura de Policía, creado en 1947 con la finalidad de controlar los conflictos obreros, vigilar huelgas y actos públicos y recopilar información sobre dirigentes y organizaciones políticas o culturales de izquierda (ALDRIGHI 2007, 2008; HUGGINS, 1998). En el primer lustro de la década de 1960, el SIE engrosó sustancialmente su archivo de información sobre personas y organizaciones, experimentó mejoras edilicias y en su infraestructura y recibió nuevos ingresos que, en su mayoría, recibieron formación de inteligencia en Argentina y Estados Unidos⁷. Durante este período se produjeron numerosos informes que reproducían la retórica anticomunista del enemigo subterráneo, la infiltración y la agitación, compartida por movimientos “demócratas” y gobernantes⁸.

En simultáneo a este proceso, la actuación policial –en particular en la represión de conflictos sindicales y estudiantiles– y el empleo de la tortura por parte de autoridades públicas fueron reiteradamente cuestionados por la oposición política y diversos sectores sociales. En el mes de julio de 1962 una “Comisión preinvestigadora” de la Cámara de Representantes recibió numerosas denuncias de malos tratos y torturas a trabajadores de la caña de azúcar detenidos por haber atacado la sede de la Central Sindical del Uruguay, bajo cuya órbita se agrupaban sindicatos contrarios a los de tendencia clasista. Finalmente, esta comisión se

⁶ Actas del Consejo Nacional de Gobierno (CNG), Acta n° 391, p. 50-51

⁷ Memoria Anual del SIE, años 1964 y 1965.

⁸ Un ejemplo de este tipo de informes puede encontrarse en: Departamento de Inteligencia y Enlace, “Central de Trabajadores del Uruguay”, carpeta n° 492c, DNII o “Estudio previo al XIX Congreso del Partido Comunista (XVI, XVII y XVIII Congresos)”, carpeta n° F 24, DNII

expidió a través de un informe en mayoría con posición contraria a una investigación sobre el tema⁹.

Los reclamos a favor de un aumento en la violencia represiva estuvieron acompañados de diversas acciones para tipificar nuevos delitos y recortar libertades y derechos fuertemente arraigados en el colectivo social. Debido al carácter estructurado y militante de estos emprendimientos puede hablarse de campañas anticomunistas implementadas con el doble objetivo de presionar al poder político para efectivizar la toma de decisiones y generar opinión entre la gran mayoría de la población. De este modo, durante la primera mitad de la década de 1960 entre las exigencias de los movimientos autodenominados demócratas y los consejeros de gobierno ruralistas figuró la ilegalización del Partido Comunista del Uruguay y la promulgación de leyes que garantizaran la vigilancia ideológica de la población¹⁰. Dos de las campañas más extendidas en el tiempo y que concitaron numerosas adhesiones fueron las de promoción de una “Ley de Defensa de las bases fundamentales de la Nacionalidad y de los Derechos Individuales” que regulaba las “actividades antinacionales” y la exigencia de una “profesión de fe democrática” que debía ser completada por todos los integrantes del cuerpo docente de enseñanza media¹¹.

Asimismo, en el control de la protesta sindical se tornó frecuente la adopción de medidas prontas de seguridad, un instrumento legal que suspendía temporalmente ciertos derechos y garantías individuales—como el derecho a realizar actividades sindicales—habilitando detenciones sin

⁹ El diputado quincista Riñón Perret recordó que se habían recibido varias denuncias y pedidos de investigación sin respuesta por parte del Parlamento. Tras corroborar la frecuente aplicación de torturas a detenidos, afirmó que en aquel momento la Policía “no significa[ba] [...] ninguna garantía para el país”. Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, 12, 20 y 27 de junio y 5 y 19 de julio de 1962 (la cita textual corresponde a la sesión del 19 de julio, p. 67).

¹⁰ El diputado quincista Riñón Perret recordó que se habían recibido varias denuncias y pedidos de investigación sin respuesta por parte del Parlamento. Tras corroborar la frecuente aplicación de torturas a detenidos, afirmó que en aquel momento la Policía “no significa[ba] [...] ninguna garantía para el país”. Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, 12, 20 y 27 de junio y 5 y 19 de julio de 1962 (la cita textual corresponde a la sesión del 19 de julio, p. 67).

¹¹ “Leyes democráticas contra las actividades antinacionales”, La Mañana, 31 de enero de 1961 y volante del MEDL sin fecha en carpeta N° 479, DNII, “La mujer adhiere con gran entusiasmo a la lucha de Defensa de la Libertad”, El País, 3 de octubre de 1959. La primera de estas leyes fue una iniciativa de organización ALERTA y contó con el firme apoyo de Benito Nardone y otros consejeros de gobierno, como el ruralista Faustino Harrison. Cfr. Ojo con A.L.E.R.T.A.”, Marcha, 2 de diciembre de 1960; Nota de A.L.E.R.T.A. dirigida al Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, Eduardo V. Haedo, en la que se recapitula la génesis de esta iniciativa, 25 de mayo de 1961, carpeta 674, DNII; “Exhortación de A.L.E.R.T.A.” y “A.L.E.R.T.A.”, El País, 5 de mayo de 1961 y 30 de noviembre de 1961. Por su parte, ORPADE lideró la campaña a favor de una “declaración de fe democrática”. Cfr. “Nota del movimiento nacional de Padres Demócratas” al Consejo Nacional de Gobierno, 12 de junio de 1962, Actas del Consejo Nacional de Gobierno.

orden judicial en unidades especiales y por lapsos prolongados. En 1963 se adoptaron a raíz del conflicto de los trabajadores del ente estatal que monopolizaba el suministro de energía eléctrica y la telefonía y en 1965 para contener las intensas movilizaciones de funcionarios de diversas áreas de la administración pública y en particular la paralización de los bancarios¹².

Por otra parte, organizaciones y movimientos “demócratas” desplegaron considerables dosis de violencia en el plano discursivo y en sus reiteradas convocatorias a la movilización ciudadana. A modo de ejemplo puede citarse la declaración del MEDL al concluir su plan de acción en el que convocaba a “realizar una labor de verdadero Estado Mayor, que estudie, planee, asesore, dirija e impulse la lucha general por la recuperación de la Universidad”. También la organización Amigos de Cuba Libre y Democrática hacía un llamado de atención para que los demócratas “monten en guardia para evitar ser tomados por las traicioneras tácticas comunistas de violencia” y, principalmente en la primera etapa de A.L.E.R.T.A., abundaron en su prédica las metáforas castrenses y las referencias al combate, tales como la exhortación a los ciudadanos para que reclamasen “un puesto de lucha”, sumándose a la “vanguardia civil” cuyo objetivo era “formar legión y salvar al País”¹³.

Por lo general, el repudio explícito a la violencia iba acompañado de una declaración amenazante en la que advertía sobre la posible adopción de acciones violentas en aquellos casos en que el “enemigo” no dejara otra opción. A modo de ejemplo, en junio de 1960, ante la negativa de la Asamblea de socios del Ateneo a prestar sus instalaciones para que asociaciones estudiantiles demócratas realizaran un acto en defensa de los derechos humanos violados en Cuba, el MEDL comunicó: “el camino de la violencia que otros han elegido no nos gusta pero tampoco nos asusta”¹⁴. Otro ejemplo elocuente de estas aseveraciones amenazantes puede encontrarse en las afirmaciones de A.L.E.R.T.A. en un intento por desligarse del calificativo “fascista”, en el que estableció que la asociación “repudia la violencia pero no está dispuesta a caer en debilidades ni a demostrar cobardías”¹⁵. La advertencia, a su vez, se hacía extensiva a las formas sopesadas para tramitar el conflicto político tal como se desprende de una carta de lector enviada por un joven estudiante de Rocha a la publicación ODI. Alcides Nieto Molina,

¹² Actas del CNG, 18 de enero de 1963, pp. 5-13 y 7 de octubre de 1965, pp. 20-22.

¹³ “Ciudadano. A.L.E.R.T.A. le pregunta...” y “A.L.E.R.T.A.” El Bien Público, 4 y 6 de enero de 1961.

¹⁴ “Puntualizan estudiantes”, El País, 22 de junio de 1960.

¹⁵ “A.L.E.R.T.A. 1961. Año de la victoria sobre el comunismo”, El Debate, 29 de enero de 1961.

autor de la nota, reconocía emocionarse ante la valentía de la juventud demócrata, expresando:

Esto nos da ánimo para seguir combatiendo, por ahora lo hacemos con una pluma en la mano expresando nuestras ideas; pero si algún día tenemos que tomar un fusil para defender nuestra patria lo sabremos hacer y preferiremos morir antes de aceptar la opresión de cualquier dominio extranjero y nuestra última gota de sangre será para defender nuestro querido Uruguay¹⁶.

Incluso dudando de la identidad del remitente, el contenido de la nota resulta revelador en tanto prueba de la difusión entre un público amplio de un mensaje amenazante en el que no se teme ante la posibilidad de que la lucha pase a otro plano: en ese momento el arma era la palabra pero estaba latente la amenaza del fusil.

La violencia también estuvo presente en el plano simbólico a través del fomento a las delaciones y la divulgación de información personal de los individuos¹⁷ y, en el plano físico, en algunas de las manifestaciones en las que participaban los movimientos demócratas.

La violencia restauradora

Los grupos y movimientos de extrema derecha se caracterizaron por una permanente exaltación de la violencia en el discurso y en la práctica, lo cual se expresó fundamentalmente en su militancia antisemita y antiizquierdista, aunque también respondía a una impugnación más general del orden capitalista y las democracias liberales. En ese marco, durante la primera mitad de la década de 1960 la prédica de estos colectivos se caracterizó por el uso de un lenguaje agresivo y desembozadamente violento.

¹⁶“El comunismo en el liceo de Rocha”, ODI, nº 4, noviembre de 1962.

¹⁷La mayor parte de estas organizaciones expresó sus puntos de vista y difundió información a través de volantes, impresos, librillos y, fundamentalmente, de la prensa periódica. Los diarios elegidos para ello por lo general correspondían al nacionalismo en sus dos vertientes (El País, de la UBD y El Debate, del herrerismo), al batllismo de la Lista 14 y luego a la UCB (El Día) y al coloradismo anti-batllista (La Mañana). A través de la prensa periódica, las posiciones y convocatorias de estas organizaciones que procuraban formar opinión y atraer nuevos adeptos llegaban a un público amplio que no necesariamente estaba motivado como para concurrir a una actividad puntual o leer textos específicos sobre anticomunismo. Por lo general, las publicaciones periódicas sintetizaban información contenida en textos más extensos, dirigidos a un público ya adepto a la causa. Véase, por ejemplo: José Pedro Martínez Bersetche, Peligro comunista en el Uruguay (Montevideo: Suplemento del periódico LA VOZ DE LA LIBERTAD, 1958); Diógenes Cano, Cabezas Rojas en el Uruguay (Montevideo: Impresora Rumbos, 1963) y Benito Nardone, Peligro rojo en América Latina (Montevideo: Impresiones Diario Rural, 1961).

Con frecuencia las publicaciones de la extrema derecha nacionalista reproducían hostilidades propias del antijudaísmo religioso y tópicos antisemitas sólidamente arraigados en el mundo occidental desde los inicios del siglo XX, como por ejemplo la idea de la conspiración judeo-masónica para dominar financiera y políticamente el mundo. Un folleto de L.O.A.S. publicado en mayo de 1960 se refería a “los judíos” como “la basura de la Europa atrasada y menos culta” y denunciaba que “domina[ban] nuestro país como los acreedores a sus deudores”¹⁸. La arenga antisemita también formaba parte del repertorio de ideas del Movimiento Progresista, una agrupación formada por líderes y seguidores procedentes de estratos sociales más bajos. Así, por ejemplo, en un acto público uno de los oradores recordó que “los grandes partidos de Uruguay estaban guiados por los capitales de los judíos y que era un deber eliminarlos así como también a todos los extranjeros”. En esa misma oportunidad una integrante femenina del movimiento responsabilizó a los “inmundos judíos adueñados del comercio internacional” de ser “los culpables directos de la crisis actual”¹⁹.

Sin embargo, junto a la permanencia de creencias y prejuicios religiosos y culturales es posible detectar elementos novedosos ligados a la creación del Estado de Israel y la emergencia a nivel mundial de un antisionismo militante. En esta línea, el periódico de la Liga Oriental Antisemítica expresaba su categórico rechazo a la actitud de los “políticos apátridas” que se rasgaban las vestiduras ante las manifestaciones de antisemitismo para luego callar ante la creación del Estado de Israel y la expulsión de los palestinos – a quienes se consideraba sus verdaderos dueños – así como su condena a numerosas vejaciones²⁰.

Como anticipábamos, la agresividad del lenguaje también resulta perceptible en el diagnóstico de estas organizaciones sobre el inminente derrumbe del sistema capitalista y el orden liberal. En varias ocasiones sus textos decretan un estado general de “podredumbre” que se extendía desde la política y la economía a las nuevas manifestaciones culturales. Desde el periódico *Revolución Oriental* – publicado por el Movimiento Nacionalistas Montonera – se propugnó una visión decadentista del presente y del sistema liberal en vías de extinción. Se recreó un escenario de crisis extrema en donde el único ámbito que no estaba totalmente

¹⁸“L.O.A.S. Periódico de la Liga Oriental Antisemita”, n° 1, mayo de 1960.

¹⁹Registros realizados por fuentes confidenciales del acto del movimiento progresista realizado el 12 de octubre de 1962. SIE, carpeta n° 14, caja 131, DNII.

²⁰“L.O.A.S. Periódico”, op. cit.

corrompido era el de las Fuerzas Armadas, que se había mantenido “puro, noble y decente ante tanta podredumbre”²¹

Como veremos a continuación, las acciones violentas de los movimientos de la extrema derecha nacionalista respondieron en su mayoría a los derroteros del contexto internacional y ofrecen indicios reveladores de sus vínculos con los nacionalistas de derecha argentinos. Las agresiones de estos grupos procuraban crear un clima de temor e inseguridad que desalentara la adhesión a tendencias “antinacionales” – un calificativo amplio que podía abarcar tanto organizaciones de la izquierda marxista como cualquier religión no cristiana – y fuera socavando el orden establecido. En este sentido puede hablarse de violencia de carácter “terrorista”.

Desde 1959 una nueva ola antisemita había despuntado en Alemania, repercutiendo en varios países en los que la crisis económica y las tensiones políticas generaban un terreno propicio para su florecimiento. Pinturas de esvásticas, atentados e intimidaciones a estudiante judíos eran parte de esta campaña impulsada por grupos nacionalistas de extrema derecha (SENKMAN, 1986, p. 14)²². En Estados Unidos, inspirados en los métodos de la OAS, desde comienzos de los años sesenta proliferaron comandos racistas y antiizquierdistas como los pertenecientes a la John Birch Society, profundamente antisemita y anticomunista (Robin 2005; p. 254). No obstante, al promediar el año 1960, el rapto de Adolf Eichmann –ex jerarca nazi con participación protagónica en la deportación de judíos a los campos de concentración– sacudió al mundo, provocando el recrudecimiento de esta tendencia. Resulta innegable que entre su secuestro en mayo de 1960, y su ejecución en junio de 1962, las acciones violentas y antisemitas de estos movimientos estuvieron vinculadas a los hitos atravesados por el sonado “caso Eichmann”.

En estrecha relación con lo que ocurría en Argentina, desde los primeros meses de 1960, en Uruguay tuvieron lugar diversas manifestaciones antisemitas, aunque la acción de mayor envergadura ocurrió recién el 13 de junio, dos días después del secuestro de Eichmann al producirse un atentado contra la sede de la comunidad sefaradí de

²¹ “Temperatura del país”, *Revolución Nacional*, N°1, s.f. [1964].

²² Al analizar los atentados de junio de 1959, el semanario *Marcha* coincidía en los orígenes de esta nueva ola antisemita: “alrededor del día de Navidad, a fines del año pasado, comenzó en Alemania Occidental y se extendió a otros países del mundo –entre los cuales el nuestro– un brote de antisemitismo que desfogó garabateando paredes, grabando cruces svásticas en la fachada de sinagogas, pero también arrojando petardos.” “El nuevo brote terrorista”, *Marcha*, 17 de junio de 1960.

Uruguay. El episodio reveló la existencia de un plan organizado de manera conjunta entre grupos antisemitas argentinos y uruguayos para colocar explosivos en diversas congregaciones judías y en la Embajada de Israel en Montevideo²³. Una semana después la prensa difundió otras dos agresiones a un local comercial y a una institución deportiva judía. En ambos casos las fachadas aparecieron pintadas con cruces esvásticas²⁴.

La ejecución de Eichmann a comienzos de junio de 1962 reavivó las agresiones antisemitas. En esa oportunidad las “juventudes nacionalistas” del Frente Estudiantil de Acción Nacional (FEDAN) le rindieron homenaje en el espacio público desplegando cartelera en la que se acusaba a la “judería internacional” por su “asesinato”²⁵. Al día siguiente se produjo un atentado con bombas de alquitrán al frente de un local del Partido Comunista del Uruguay y desde principios de julio varias personas fueron secuestradas en la calle, agredidas físicamente e intimidadas con signos neofascistas²⁶. En la mayoría de las agresiones ocurridas en los secuestros de julio de 1962 se reconocen móviles antisemitas y en varios casos las víctimas además mantenían algún tipo de militancia en organizaciones de izquierda²⁷.

Nuevamente, todos estos episodios presentaron grandes semejanzas con las modalidades de violencia antisemita desplegadas por las organizaciones de extrema derecha en Argentina, entre las que desempeñaron un rol protagónico el Movimiento Nacionalista Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista (GALVAN, 2008, p. 26). A pesar de la superficialidad de las averiguaciones policiales y judiciales es posible afirmar que algunos de los autores de los atentados integraban el FEDAN y el Movimiento Progresista en Uruguay y mantenían lazos muy estrechos con las organizaciones argentinas²⁸.

Las coincidencias ideológicas y acciones conjuntas volvieron a cobrar notoriedad en el bienio 1964-1965 cuando los movimientos de la

²³ “Atentados antisemitas”, La Mañana, 14 de junio de 1960 y SIE, Memoria Anual, año 1960, DNII.

²⁴ “Otro atentado de los nazis”, El Popular, 20 de junio de 1960.

²⁵ “A Eichmann. Hicieron un insólito intento de homenaje”, La Mañana, 3 de junio de 1962 y “Discriminación racial”, 11 de junio de 1962, El Debate.

²⁶ “Así empezó el fascismo”, Acción, 10 de junio de 1962.

²⁷ SIE, Memorándum informando “sobre el atentado perpetrado en la persona de la señorita SOLEDAD BARRET”, 17 de julio de 1962, carpeta N° 862, DNII. SIE, “Resumen sobre tatuajes (copias)”, Oficio N° 161, 17 de julio de 1962, carpeta N° 888L, DNII y SIE, Memorándum informando “sobre el atentado a la señora EMA RIVERA TEJERA”, 20 de julio de 1962, carpeta N° 856, DNII.

²⁸ Cfr. SIE, Memorándum informando “sobre el atentado perpetrado en la persona de la señorita SOLEDAD BARRET”, op. cit. y Oficio N° 162, 18 de julio de 1962. SIE, carpeta N° 888L.

extrema derecha nacionalista de ambos márgenes del Plata estrecharon vínculos con Hussein Triki, el delegado de la Liga de Estados Árabes en Argentina. A partir de esta alianza organizaciones como Montonera o Cruzada Patriótica Revolucionaria se beneficiaron con subsidios para sus acciones, lo cual redundó en un nuevo embate en su campaña antisionista (SENKMAN, 1986, p. 52-53).

En marzo de 1965, en una casa particular ubicada en los suburbios de Montevideo, fue hallado el cadáver de Hebert Cukurs acusado de ser el responsable del asesinato de unos 30.000 judíos letones. A partir de entonces en los registros del SIE consta la realización de varias amenazas telefónicas y envíos anónimos intimidantes. Desde mediados de año se sucedieron numerosos atentados con artefactos explosivos a locales partidarios de izquierda y a instituciones o personas vinculadas a la comunidad judía²⁹. En el transcurso de 1965 la organización izquierdista Tupamaros también realizó ataques con explosivos, lo cual configuró un confuso panorama de violencia en el marco de una crisis económica cada vez más profunda.

Transversalidad de la violencia en tiempos de crisis

Hasta aquí quedó en evidencia que, tanto en su justificación como en su programas de acción, las derechas presentaron notorias diferencias ante el empleo de la violencia con fines políticos. Sin embargo, una constante histórica nos recuerda que la percepción de crisis contribuye al acercamiento de las derechas moderadas y extremistas (McGEE DEUTSCH, p. 22-26) y esto fue lo que ocurrió en el primer lustro de los años sesenta en Uruguay. El contexto de crisis nacional y agudización de la percepción de derrumbe del orden establecido por parte de la derecha moderada configuraron en el plano de la acción encubierta – ámbito protagónico de acuerdo a los parámetros de la Guerra Fría – un panorama mucho más complejo, en el que las definiciones ideológicas se desdibujaban fácilmente, propiciando alianzas coyunturales derivadas de ciertos intereses en común con la derecha radical.

En primer lugar cabe subrayar que las escuadras de castigo o grupos de choque que actuaron durante los primeros años de la década de 1960 fueron funcionales a los propósitos los servicios de inteligencia estadounidenses pero también, en diverso grado, contribuyeron con los objetivos del gobierno nacional, los movimientos demócratas y las

²⁹ SIE, “Memoria Anual. Departamento de Inteligencia y Enlace. Año 1965”, Anexo N° 7, carpeta N° 28.

organizaciones de extrema derecha. Esto explica que su actividad haya sido superficialmente investigada, así como su heterogénea integración por parte de actores sociales que se complementaban.

A modo de ejemplo, puede citarse una cadena de hechos ocurrida en enero de 1961 en la que un acontecimiento violento promovido por grupos de choque alentados por los servicios de inteligencia estadounidenses desembocó en la expulsión del embajador cubano y el primer secretario de la Legación Soviética en Uruguay. El 10 de enero varias organizaciones demócratas convocaron a una manifestación anticastrista en una de las principales plazas públicas de Montevideo. Al finalizar este acto un pequeño grupo marchó hacia la Universidad de la República coreando eslóganes contra Cuba hasta alcanzar la sede del Partido Comunista del Uruguay, que fue agredida con piedras y disparos de armas de fuego. Este violento episodio finalizó con numerosos heridos por parte de ambos grupos y un participante de la manifestación anticomunista fallecido. Su nombre era Serafin Billoto y, según consta en la declaración del subcomisario que intervino en los hechos, al llegar ya prácticamente sin vida al Hospital Maciel llevaba consigo dieciséis balas y una navaja. Al día siguiente, el Consejo Nacional de Gobierno, por iniciativa de Benito Nardone, declaró “personas no gratas” a los representantes diplomáticos cubano y soviético y votó su expulsión del país, acusándolos de haber promovido los incidentes que desembocaron en la muerte de Billoto. En sus memorias, el ex agente de la CIA Philipp Agee se refiere a este hecho, aclarando que “el objetivo de la estación, por supuesto, era romper las relaciones diplomáticas, pero la resistencia de otros miembros del CNG era muy fuerte” (AGEE, 1975, p. 280). Por su parte, la extrema derecha valoraba positivamente las acciones de desestabilización contra organizaciones de izquierda y el repudio explícito a los gobiernos cubano y soviético.

En segundo lugar, puede constatar una fuerte ambigüedad en torno a algunos movimientos autocalificados “demócratas” como fue el caso del MEDL, una de las organizaciones con mayor visibilidad pública entre 1959 y 1962. Integrado por numerosos adherentes desinteresadamente anticomunistas, este movimiento albergó además el desarrollo de una estructura paralela que contradujo los principios divulgados por la organización y proporcionó cobertura a elementos rentados, absolutamente dependientes de los servicios de seguridad estadounidenses (BACCHETTA, 2010, p. 119-120; 127-128; VAN AKEN, 1990, p. 230).

En tercer lugar, resulta fundamental separar los principios y definiciones ideológicos defendidos públicamente por moderados y radicales de lo que fueron muchas de sus acciones, adoptadas ante la percepción de amenaza por parte de los conservadores o la voluntad de radicalizar la crisis en el caso de los extremistas. También en este plano los beneficios fueron recíprocos. Mientras que los movimientos nacionalistas enarbolaron la defensa abierta de la violencia en clave revolucionaria/restauradora, ésta fue rechazada en el discurso demócrata de raigambre liberal conservadora, basado en la confianza en el orden jurídico pasible de ser modificado o restringido, pero finalmente garante del equilibrio social que se quería preservar. Sin embargo, en un nivel clandestino, importantes figuras de las organizaciones demócratas brindaron su apoyo a grupos armados a través del financiamiento y la intermediación con la diplomacia estadounidense o con jerarcas del gobierno nacional. Uno de los casos más paradigmáticos en estas redes clandestinas es el de Miguel Blanzaco, un destacado miembro de organizaciones demócratas, directivo de LOA y MONDEL, que en los registros de la inteligencia policial figura como intermediario entre grupos clandestinos que preparaban acciones violentas y la diplomacia encubierta estadounidense³⁰.

En la misma línea connotadas figuras de ORPADE integraron redes de promoción de grupos estudiantiles y sindicales antiizquierdistas que solían implementar acciones desestabilizadoras y mantuvieron estrechas conexiones con núcleos paramilitares que se entrenaban clandestinamente, aunque con la aprobación de importantes autoridades militares y policiales. En la documentación del SIE, el directivo de ORPADE Celio Riet es identificado como “intermediario y aportador financiero de varios grupos estudiantiles liceales y gremialistas de profesión” e integrante de M.O.R.A.L., un movimiento ultranacionalista que tenía por objetivo “dar el golpe de Estado de derecha apoyado principalmente por las fuerzas armadas y financiado por individuos de amplia historia en el campo gremial”. En 1965 se trataba de un movimiento armado dirigido por un teniente de la Defensa Civil que apuntaba a “coordinar [...] grupos, entrenarlos y disciplinarlos para una futura acción conjunta”. Entretanto, cada grupo gozaba de autonomía de acción. Asimismo, entre los integrantes de M.O.R.A.L. figuraban miembros de agrupaciones

³⁰Memorándum sobre la financiación del grupo “Los Gallos” y notas mecanografiadas bajo el título “Montonera” [mediados de 1965], SIE, carpeta, N° 1184, DNI.

de extrema derecha anteriores como el Movimiento Progresista o Montonera³¹.

Al margen de su costado público, la participación de estas estructuras clandestinas revela la existencia de un horizonte insurreccional compartido, en el que en un futuro no muy lejano la violencia armada se consideraba ineludible.

Reflexiones finales

Dentro del heterogéneo espectro de las derechas en este artículo se estableció una división general entre “demócratas” y “nacionalistas”. Mientras los primeros fueron definidos como conservadores del orden establecido y moderados en relación al uso de la violencia, los “nacionalistas” se caracterizaron por el radicalismo de sus proyectos políticos y el extremismo en sus métodos y predisposición a las acciones violentas.

Ambas tendencias presentaron diferencias sustanciales en su composición social, filiación ideológica y posicionamientos políticos y en los dos casos encontramos la presencia de actores transnacionales con los que se tejieron acuerdos y alianzas a diferentes niveles. Cabe subrayar, entonces, que las definiciones y apuestas de las derechas uruguayas en el marco de la Guerra Fría estaban profundamente influidas por su mirada regional y mundial.

Se demostró que la violencia política estuvo presente en el plano discursivo y en las opciones manejadas por todos los grupos sociales diseminados en ambas tendencias. En relación a las modalidades adoptadas por la derecha conservadora puede concluirse que estas se expresaron a través de: 1) un discurso público estigmatizante de la protesta social; 2) la organización de campañas anticomunistas montadas por numerosas organizaciones y representantes políticos en reclamo por el recrudescimiento de la violencia represiva por parte del Estado y 3) el montaje de un dispositivo autoritario destinado a contener la protesta social a través del recorte de libertades públicas y la adopción permanente de legislación de excepción. En estos grupos el ejercicio de la violencia también puede reconocerse en el plano simbólico, a través de la promoción de las delaciones y la divulgación de información personal para desacreditar opciones política que estaban dentro de la legalidad.

³¹ Hoja mecanografiada sobre “M.O.R.A.L.” [probablemente setiembre de 1965]. SIE, carpeta N° 1184.

Por su parte, los movimientos y organizaciones “demócratas” desplegaron fundamentalmente una violencia en respuesta a la amenaza –real y sobredimensionada– de cambio social que percibían en la acción del movimiento sindical y estudiantil y en las izquierdas partidarias. Es por ello que puede hablarse de una violencia “reactiva”, en defensa del orden establecido.

Al margen de los contextos históricos particulares, el vínculo entre violencia y extrema derecha suele ser bastante más cercano. En la primera mitad de la década de 1960, organizaciones y movimientos “nacionalistas” de Uruguay practicaron una permanente exaltación a la violencia tanto en el discurso como en sus prácticas. Esto puede reconocerse fundamentalmente en la militancia antisemita y antiizquierdista de estos grupos, signada por el empleo de un lenguaje agresivo y denigrante y la realización de acciones de carácter “terrorista” (entre las que sobresalieron el uso de artefactos explosivos contra propiedades e individuos) con la finalidad de intimidar a las izquierdas y generar un clima de temor en todo el colectivo social.

Para la extrema derecha la violencia fue concebida como un instrumento de cambio social. Dicho en otras palabras, el diagnóstico de la inminente caída del orden capitalista –al que impugnaban y rechazaban tanto como sus contemporáneos de extrema izquierda– ratificaba su vieja idea de una violencia “restauradora” de un pasado lejano fundado sobre los principios de orden y jerarquía al amparo del catolicismo. Su horizonte utópico de negación del orden moderno y recuperación de un tiempo perdido permite asociar a estos grupos con el empleo de la violencia (contra) revolucionaria y de restauración.

Asimismo, a través del análisis específico de formas y escalas de la violencia en las culturas políticas de las derechas que actuaron en la primera mitad de los años sesenta del siglo XX fue posible reconocer un complejo panorama de alianzas que desembocó en una reacción derechista en la que convergieron sectores con fuertes discrepancias entre sí. Esto demuestra que fue precisamente en el campo de la violencia (tanto la tolerada como la incitada) donde estas derechas diversas se acercaron y establecieron proyectos en común.

Por último, queda demostrada la necesidad de una ampliación cronológica en la mirada de la crisis de los años sesenta. A diferencia de la mayoría de los enfoques retrospectivos que incorporan a la violencia como dato clave para explicar la crisis política que sobrevino a partir de 1968, en esta oportunidad se ha enfatizado en el hecho de que si se atiende a los intereses y programas de acción de las derechas, la

progresiva expansión y profundización de manifestaciones violentas aparece con anterioridad, como consecuencia de la crisis económica y social que atraviesa el país en el contexto de la Guerra Fría. Al restituir protagonismo y focalizar la mirada histórica en sujetos colectivos diseminados en todo el espectro social que han permanecido marginales o ausentes del relato historiográfico y atendiendo a sus múltiples caminos hacia distintas formas de violencia, así como las modalidades adoptadas y los argumentos con que la justificaron, queda en evidencia que la Revolución Cubana no fue un punto de partida sino un nuevo mojón para el anticomunismo militante de movimientos y organizaciones en los que la violencia y el antiizquierdismo ya se encontraban profundamente arraigados.

Referencias

AGEE, Philip. *La CIA por dentro*. Diario de un espía. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1975.

ALDRIGHI, Clara. El programa de asistencia policial de la AID en Uruguay (1965-1974). *Estudios Ibero-Americanos XXXIV*, PUCRS, v. xxiv, n. 1, p. 181-204, jun. 2008.

_____. *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2001.

_____. *El caso Mitrione. La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973)*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2007.

ANSALDI, Waldo; GIORDANO, Verónica. *América Latina. Tiempos de violencias*. Buenos Aires: Ariel, 2014.

BACCHETTA, Víctor. *El asesinato de Arbelio Ramírez*. Montevideo: Doble Click Editoras, 2010.

BROQUETAS, Magdalena. Los frentes del anticomunismo. Las derechas en el Uruguay de los tempranos sesenta. *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, Montevideo, v. 3, 11-29, 2012.

_____. *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2014.

BRUNO, Mauricio. *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en Uruguay (1960-1962)*. Montevideo: FHCE-Udelar, 2007.

CHERONI, Alción. *El pensamiento conservador en el Uruguay*. Montevideo: CLAEH, 1986.

GALVÁN, Valeria. *El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural*. Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura. Buenos Aires: Instituto de Altos Estudios Sociales, 2008.

HUGGINS, Martha H. *Political policing. The United States and Latin America*. Durham: Duke University Press, 1998.

HUNT, Howard. *Memorias de un espía*. De la CIA al escándalo Watergate. Barcelona: Editorial Noguer, 1975.

JACOB, Raúl. *Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder. 1945-1958*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1981.

JOSEPH, Gilbert. Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la Guerra Fría. In: SPENSER, Daniela (Coord.). *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 2004. p. 67-92.

MARCHESI, Aldo Marchesi; YAFFÉ, Jaime. La violencia bajo la lupa: una revisión de la literatura sobre violencia política en los sesenta, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Montevideo, v. 19, p. 95-118, 2010.

McGEE DEUTSCH, Sandra Mc Gee Deutsch. *Las derechas*. La extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile. 1890-1939. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

REY TRISTÁN, Eduardo. *A la vuelta de la esquina*. La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973. Montevideo: Editorial Fin de siglo, 2006.

RICO, Álvaro. *1968: el liberalismo conservador*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990.

ROBIN, Marie Monique Robin. *Escuadrones de la muerte*. La escuela francesa. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005.

SAULL, Richard. El lugar del sur global en la conceptualización de la Guerra Fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico. In: SPENSER, Daniela (Coord.). *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, 2004. p. 31-66.

SENKMAN, Leonardo Senkman. *El antisemitismo en la Argentina/1*. Buenos Aires: CEDAL, 1986.

VARELA, Gonzalo. *De la República Liberal al Estado Militar*. Uruguay 1968-1973. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1988.

VAN AKEN, Mark. *Los militantes*. Una historia del movimiento estudiantil uruguayo desde sus orígenes hasta 1966. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria, 1990.

WEASTAD, Odd Arne. *The Global Cold War: Third World Interventions and the making of our times*. New York: Cambridge University Press, 2005.

Fuentes

Inéditas:

Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNII) – Uruguay (Carpetas: 14; 479; 492c; 674; 856; 862; 888L; 1184).

Memorias anuales del Servicio de Inteligencia y Enlace (1960-1967).

Éditas:

José Pedro Martínez Bersetche. *Peligro comunista en el Uruguay* (Montevideo: Suplemento del periódico LA VOZ DE LA LIBERTAD, 1958).

Diógenes Cano. *Cabezas Rojas en el Uruguay* (Montevideo: Impresora Rumbos, 1963).

Benito Nardone. *Peligro rojo en América Latina* (Montevideo: Impresiones Diario Rural, 1961).

Series documentales:

Actas del Consejo Nacional de Gobierno (1959-1967).

Diarios de sesiones de la Cámara de Representantes (1959-1967).

Prensa periódica de Montevideo (1958-1967):

Acción.

El Bien Público.

El Debate.

El Diario.

El Popular.

La Mañana.

Marcha.

Otras publicaciones periódicas:

L.O.A.S. Periódico de la Liga Oriental Antisemita (1960).

ODI. Boletín de las Organizaciones Demócratas del Interior (1962).

Revolución Nacional (1964).

Recibido: 30 de agosto de 2015
Aprobado: 20 de octubre de 2015